
Vivir en el otro mundo

Esteban Barragán López
El Colegio de Michoacán

Para las personas que únicamente conocen el modo de vida en el medio urbano y que sólo algunas veces han estado en vacaciones de paso en pequeños poblados, rancherías y casas de campo comunicadas por polvorientos brechas, es inconcebible una forma de vida sin carreteras, fuera de las ciudades y de los pueblos. Esto es, en asentamientos dispersos; en núcleos de población conformados por dos o tres familias separados entre sí por varios kilómetros y comunicados por indefinidas veredas y caminos de herradura que obligadamente tienen que recorrerse, a pie o a caballo, si es que se quiere ir de un punto a otro de la región o salir de ella a algún poblado.

Para ir comprendiendo esta situación hay que imaginar un recorrido de varias horas rodeando, subiendo y bajando montañas, en el cual se van descubriendo estas pequeñas localidades a las que no llega camino para vehículos de motor y, por ende, carentes de lo que por estos puede transportarse en peso y volumen; sin energía eléctrica y todo lo que esta genera: luz, refrigeración, calor, movimiento; desprovistas de servicios médicos, educativos, eclesiásticos, postales, telefónicos, al igual que de centros de diversión y recreo como cine, salones de baile, canchas deportivas. Es esta una forma de vida en la que no hay motores, ruidos ni contaminación, instituciones ni burocracias, prensa, propaganda ni publicidad. En fin, una sociedad dispersa, sin vehículos, sin brandy, coca, bimbo, sabritas ni televisión; que como puede entenderse, en nada se parece a la dinámica de la vida urbana, a la sociedad moderna de nuestros días.

Esta forma de vida puede sugerir, si no un pueblo primitivo, sí un pasado más o menos lejano o lugares muy distantes de los espacios urbanos y de las redes de carreteras. Sin embargo, estas condiciones de vida corresponden a un “aquí y ahora” para millones de mexicanos,¹ a un momento actual y tan permanente que para muchas personas llega a representar toda su vida.

Escenario de esta precaria ocupación y organización socioeconómica del espacio es el medio rural marginado; esos espacios simplificados por el término “campo” que quedan más allá de las rancherías apenas tocadas por las carreteras y que pasan inadvertidas en los mapas y olvidadas por municipios e instituciones gubernamentales. Al decirse que no tienen ni camino podrá entenderse el grado de marginación en que se encuentran. ¿Cuál ha sido su trayectoria histórica, sus características geográficas, la organización socioeconómica capaz de retener a una importante población a lo largo de generaciones en tales condiciones de relegación?

El mínimo contacto con el medio urbano, debido al grado de marginación en que se encuentra la región a presentar, ha dejado al grupo social que la habita en un mundo rudimentario frente al medio urbano progresista. Allá no llegan los servicios, los recursos pierden la valoración que antes llegaron a tener, la población emigra y la dependencia del exterior se va acentuando, quedando atrás una autosuficiencia regional que logró sustentar y retener a la población local. ¿Qué perspectivas de integración y desarrollo pueden tener regiones que, como ésta, siguen incomunicadas y muy lejos de caber en los moldes de desarrollo oficial?

I Nuestro campo de estudio

A escasos 100 km. de Zamora, siguiendo al suroeste la carretera que va a Los Reyes, y de aquí, siguiendo la misma dirección por brecha que pasa por Los Limones atravesando los cañaverales del “valle esmeralda”, limitado por el profundo y caudaloso Río Itzicuaru, se encuentra la frontera oriente de la región de estudio. Este mismo río va rodeando la región y permite, a través del puente de Iturria, otro paso a

ella siguiendo al sur de Los Reyes la brecha que pasa por San Sebastián y lleva a Los Chorros del Varal. El imponente paso por el puente de Iturria da salida a la terracería que, paralela al río mencionado, conduce por territorio de Jalisco y cruzando varias rancherías, al ejido de Zipoco; así queda limitada la región por el lado sur.

El eje neovolcánico en su porción Los Reyes-Mazamitla, constituye la frontera norte; misma que separa a la región de los poblados más próximos: Cotija, Santa Inés y Tocumbo, Michoacán.

De Mazamitla, Jal., sale la brecha que enseguida se une a la que viene de El Zapatero (cerca de Tamazula, Jal.) y más adelante a la que sale de Valle de Juárez, Jal., con destino a Santa María del Oro, Jal. (Manuel M. Diéguez) De esta distante cabecera Municipal continúa la brecha, actualmente en construcción, rumbo a Zipoco; cerrando así por el poniente los límites regionales.²

La región cuenta con unos 350 kms.² y comprende la parte suroeste y sur de los municipios de Tocumbo y Cotija, Mich. respectivamente, extendiéndose al oriente del municipio de Santa María del Oro, Jal. (Manuel M. Diéguez)

Es una zona de transición entre el eje neovolcánico (frontera natural al norte de la región) que es relativamente frío y la tierra caliente de Michoacán. La temperatura media aproximada es cercana a los 23°. No se registran heladas en invierno. La temperatura máxima es cercana a los 35° y se deja sentir en los meses de abril, mayo y junio. Es una región templada, pues, de clima tropical lluvioso, con régimen de lluvias en los meses de julio, agosto y septiembre.³

Se trata de una región montañosa de terrenos sumamente accidentados con tupidos relieves que van de los 600 a los 1600 msnm. En su suelo café (areno-arcilloso) y pedregoso se levantan durante las lluvias los pastos y matorrales verdes que cada temporada reviven al ganado vacuno y el ánimo de sus propietarios. Crecen también variados árboles que, si ya tienen más de doce años de edad, esperan el hacha y la lumbrera para dar lugar al cultivo del maíz y con esto, a notorias manchas en el colorido y uniformidad del paisaje.

La abundante y puntiaguda vegetación se desarrolla a todo verdor gracias a las lluvias de verano, pero llegada la

primavera cambia su aspecto, adquiere un color grisáceo que contrasta con el verdor de las parotas y tepeguajes así como el de las plantas y árboles cercanos a los escasos ojos de agua. El calor y la sequía aumentan y, al igual que los ciruelos, mangos y guamúchiles, muchos otros árboles rinden sus frutos que el hombre disputa con la fauna silvestre.

En medio de este ambiente natural, junto a los escasos ríos, arroyos y ojos de agua se encuentran, en pequeñas localidades, los dispersos habitantes de esta región. Se trata de grupos domésticos, es decir, de viviendas cuyos ocupantes constituyen predominantemente familias nucleares (padre, madre e hijos), y en menos casos, familias extensas pero dispersas (con viviendas separadas).⁴ En cada localidad están vecindadas dos o tres familias que suman cerca de 15 habitantes por localidad.⁵ A cada una se le conoce por su nombre propio, y su categoría política corresponde a "rancho". Entre los rancheros, esta palabra define la unidad de producción ganadera: terrenos de agostadero y ordeña. Y en un sentido más estricto define una construcción opuesta a la que se destina para cocinar y que es utilizada para guardar los objetos más preciados y como dormitorio.

En esta arrugada superficie regional se pueden encontrar cerca de 100 localidades o ranchos que contienen una población aproximada de 1 500 rancheros desparramados entre las montañas.

Esto significa una bajísima densidad de población: 4 habitantes por kilómetro cuadrado.⁶ Guardan estos ranchos entre sí una distancia promedio de 5 kms., distancia que representa una hora de camino a pie o a caballo por vereda o camino de herradura.⁷ Si se tiene que salir de alguno de los ranchos del centro de la región a los poblados más cercanos que pueden ser: Los Reyes, Santa Inés y Cotija, Mich., Manuel M. Diéguez y La Loma, Jal., el viaje puede representar hasta un día de camino. No hay brecha en este espacio, así que para cruzar la región en cualquier dirección, de norte a sur: Cotija o Santa Inés-La Loma; de oriente a poniente: Los Reyes-Manuel M. Diéguez, son necesarios dos jornadas, o sea, dos días a caballo o a pie.

De los poblados mencionados empiezan a salir deficientes terracerías transitables en tiempo seco que comunican a

algunos ranchos de la zona limítrofe de esta región.⁸ Sin embargo, la mayoría de ranchos no cuenta con otra vía de comunicación permanente y efectiva que no sea el ya descuidado camino de herradura y las veredas, por las que, como ya se dijo, a caballo o a pie puede recorrerse la región en algunos días, dependiendo de la necesidad del nativo o de la resistencia del visitante.

El régimen de propiedad único en esta área, salvo contadas excepciones (que no entran en este estudio), es la pequeña propiedad titulada y en su mayoría asentada en el Registro Público de la Propiedad en el Estado. En toda la región se desarrolla como principal actividad económica la cría de ganado de carne, con producción marginal de leche usada para la elaboración de queso. El sistema de explotación es extensivo y sólo se ordeñan cuatro meses al año:

En este período se elaboran las piezas de queso de un peso promedio de 20 kgs., mismas que, al secarse (diciembre-enero) son sacadas a "lomo de mula" a Los Reyes, Santa Inés y Cotija para su venta. Estos ranchos son los que han producido y prestigiado el conocido "queso Cotija".

La actividad ganadera encuentra su complementariedad y soporte en la actividad agrícola. Es muy común que cada ganadero que obviamente también es terrateniente, tenga en su terreno más de un "mediero". Estos son personas que se dedican al cultivo de maíz. Van desmontando en los lugares señalados por el patrón; el sistema de cultivo es el tradicional: tumba, roza y quema de año y doce, pues la superficie cultivada un año se deja en descanso por lo menos doce.

El mediero entrega una tercera parte de su cosecha al patrón y éste le permite agostar en sus potreros los pocos animales que normalmente tiene el primero. El rastrojo se queda en el predio. El mediero vende el excedente de su cosecha dentro de la región al mejor postor; normalmente es su patrón u otro ganadero vecino, pues éstos normalmente no siembran y necesitan bastante maíz. En caso de urgencias económicas por motivos particulares o relativos al cultivo de maíz, el mediero acude con el patrón quien de antemano está comprometido a pagar parte de los insumos que se utilizan.

El mediero vive en casa propia y es autónomo en su trabajo; cada año se hace nuevo acuerdo para continuar o sus-

penden la relación de trabajo, pues ninguna de las partes está obligada a sostenerla más allá de un ciclo agrícola, a menos que exista convenio especial previo a tiempo determinado.

En la región no hay jornaleros, son los medieros los que en raras ocasiones trabajan como tales, más por “hacer el favor” —según dicen— que por deseos de trabajo, que normalmente está cotizado un poco por encima del salario mínimo oficialmente fijado. En esta región el salario se rige por la costumbre, misma que está ligada a la ley de la oferta y la demanda.

En ausencia del terrateniente —lo que cada vez es más frecuente— la explotación del rancho (unidad de producción) queda a cargo de un “administrador”. Este elemento intermedio del engranaje social es, en la mayoría de los casos, hijo de algún ganadero o pariente del dueño del rancho; también puede ser un mediero que por sus cualidades o por la necesidad del ganadero es escogido por éste para encargarle el rancho. El administrador recibe una parte del producto del ganado previamente acordada; generalmente es la mitad de los animales que nacen durante su administración y la mitad de queso que cada año elabore. Este convenio se conoce entre los rancheros “a medias de crías y leche”. Menos frecuente es que se administre un rancho por una cantidad de dinero; sin embargo, este tipo de contratos son muy variados y sus condiciones diferentes en cada caso.

De esta manera de organizar la producción se derivan los tres grandes grupos de diferenciación interna, a saber: ganaderos propietarios, administradores de ranchos y medieros-agricultores. En el momento en que algún propietario ganadero se sale del sistema, aunque no necesariamente venda sus tierras, se moviliza el engranaje de movilización social: es cuando el mediero puede convertirse en administrador, y por ende, estará en opción de comprar posteriormente el predio.

En relación a estos grupos internos, se debe mencionar un sistema de regulación interna del uso y distribución del suelo que opera en la región. También está ligado a la estructura e importancia de la unidad familiar: cuando un padre de familia propietario distribuye un predio entre sus hijos, unos se dedicarán a la agricultura y otros a la ganadería. Pero

siempre hay alguien que por tener otro tipo de intereses, emigra, abandonando sus derechos sobre el territorio; en estos casos, o se contrata a un administrador (a su vez con la opción de comprar) o vende preferentemente a un propietario colindante, con lo que se amplían las posibilidades de expansión territorial de algunos. Estos, en apariencia serían acumuladores o potenciales latifundistas; sin embargo, el mecanismo de regulación interna, parte por las normas y tradiciones que se respetan, parte por el escaso número de personas que pueden emplearse como jornaleros, funciona eficazmente, haciendo que tarde o temprano esos predios mayores sean redistribuidos. Otros hijos sólo reciben el equivalente a sus derechos territoriales en moneda circulante, con lo que hay otra posibilidad de expansión para otro miembro de la familia. Este mecanismo de autorregulación eficaz, está estrechamente vinculado a la tendencia migratoria que se observa en los últimos años y el consecuente descenso de la población.

La similitud de ideas y gustos, así como las respetadas normas de convivencia social que identifican entre sí a los habitantes de esta región, neutralizan las diferencias internas en las relaciones comunitarias. No se tiene la misma suerte en relaciones más trascendentales como matrimonios y decisiones sobre aspectos de la comunidad.

Aunada a su fortaleza física y sus rasgos predominantemente españoles: piel blanca, pelo y ojos claros, estatura alta —todo esto principalmente en las dos generaciones anteriores a la actual— la audacia es una nota que distingue a este grupo social expresada en la seguridad en sí mismos, siempre y cuando se trate de desplazamientos en su medio ambiente y sin la presencia de elementos externos a su región, lo que los hace actuar a discreción. Al tener que ir a las ciudades o poblados, esta característica se ve neutralizada por los problemas de adaptación a situaciones que no son las propias, pero en su medio se desenvuelven con facilidad.

La confianza en sí llega al extremo de la excitación por la aventura y el riesgo, sobre todo en situaciones ligadas al honor o al prestigio. El gusto por los peligros que denoten valentía y despliegue de fuerza física son propios de los rancheiros de esta región.

La solución de los conflictos suele hacerse a nivel doméstico y cuando rebasa el ámbito de la familia y se convierte en pleito, es frecuente que el arreglo se busque en forma violenta y la justicia se tome por cuenta propia, frecuentemente se recurre a las armas. Esto ha provocado, desde tiempos inmemoriales, que muchas familias hayan tenido que abandonar la región para evitar mayores desgracias.

La compactación de la familia es otra nota distintiva de esta gente; hay un gran espíritu y sentido hogareño, así como un alto gusto por la conversación. Los varones se casan alrededor de los 25 años, quizá dependiendo de la intensidad de carga de trabajo que se tenga. La mujer, si rebasa los 20 años de edad soltera y sin compromiso formal de matrimonio, corre un alto riesgo de “quedarse”; ya no se casa fácilmente. El papel de la mujer en el trabajo familiar es central. Realiza una alta carga de trabajo en el hogar y a veces fuera de él en nombre de “las labores propias de su sexo” y cooperación a las de su marido.

Frecuentemente los matrimonios son entre parientes, o cuando menos, entre habitantes de la misma región. Se reciben “los hijos que Dios quiere enviar” de 8 a 10 (esto no es tan válido ya para la actual generación), y si no tienen recursos para sostenerlos, cooperan los parientes. Los niños crecen en el seno de las familias en función de la admiración de modelos normalmente tomados de la misma familia. Se imita a los más arriesgados, a los más fuertes y valientes, a los de mayor prestigio; la imitación juega un papel importante en la socialización.

También existe un alto sentido religioso, aún entre los más jóvenes. Se respetan todas las cuestiones de la Iglesia, aunque por falta de asistencia de los párrocos no se tenga la oportunidad de participar mucho en ellas. La gente acude a las sedes parroquiales a hacer los “viernes primeros”, bautizar, confirmar y casarse, a pagar sus diezmos y a cumplir con la cuaresma, como lo manda la madre Iglesia.

II Su trayectoria histórica

Hasta aquí se presenta el bosquejo de una región con sus características y organización socioeconómica actual; misma

que no podría explicarse sin recurrir a su trayectoria histórica.

Existen en la región indicios de población indígena (yácatas, murallas, leyendas, nombres de lugares: mesa de los indios, barranca de los indios, etc.) antes de la ocupación española, pero el primer testimonio encontrado sobre una parte de esta región da idea de lo ocurrido en ella; remonta al siglo XVI y menciona que "...el 13 de enero de 1590 el Virrey D. Alvaro Manríquez de Zúñiga dio a D. Hernando de Herrera la 'Merced de cuatro Caballerías de tierra' que incluían prácticamente el resto del territorio de la actual tenencia y parroquia de Santa Inés... Dicha 'merced' se dividió después en varios 'ranchos' que forman el conjunto que hasta la fecha se denomina Potrero de Herrera... también se encuentra el dato de que en una información realizada en 1606, los indígenas de Tacátzcuaro [antigua cabecera eclesiástica de lo que ahora es la jurisdicción de la parroquia de Santa Inés y gran parte del Mpio. de Tocumbo], se quejaron contra los dueños de las 'mercedes de ganado mayor' que lindaban con ellos, y se refieren concretamente a 'españoles arranchados' en lugares cercanos..."⁹

Esta información se refuerza con las narraciones de D. Luis González sobre San José de Gracia,¹⁰ región cercana a la que aquí nos ocupa y que sugiere una gran similitud a los orígenes de las dos regiones.

El siguiente dato sobre la parte mencionada de esta región es de principios del siglo XIX, cuando "los hermanos Miguel, Javier, Juan Antonio y Tadeo Fernández, españoles residentes cerca de Tarecuato y comerciantes de ganado porcino y vacuno, compran la hacienda de Santa Inés, Zitiripio y la Laguneta, así como el conjunto de ranchos del Potrero de Herrera".¹¹

Después sólo se tiene información en las memorias de los pobladores más grandes de la región, y éstos refieren que la propiedad vino pasando de generación en generación por medio de herencia y compraventa a parientes y colindantes. Este hecho es muy acostumbrado hasta la fecha.

El título originario de propiedad fue, pues, la "merced". Es una región de frontera y de vocación ganadera, en la que prosperaron los rancheros produciendo para sí y para los pe-

queños mercados locales en un ambiente de autonomía, individualismo en su actividad e identificación como grupo, regido por sus más antiguas costumbres, favorecidas por su aislamiento geográfico y cultural.

Los abuelos recordaban con nostalgia el período de paz porfirista y, al igual que a las regiones circunvecinas, que en ese tiempo no podían diferenciarse fácilmente, “no llega ninguna de las modernas vías de comunicación y transporte construidas en ese régimen, tampoco innovaciones técnicas ni capital extranjero”.¹²

A principios de siglo el Pbro. José Ma. Espinoza inicia la construcción de una capilla en el centro de la región, en un lugar llamado La Lima, ahora conocido como El Santuario. Se ubica al sur de la sede parroquial (entonces Tacátzcuaro, desde 1937 Santa Inés) a 8 horas cabalgando. “Cada domingo después de la celebración de la misa, los feligreses, dirigidos por el sacerdote, realizábamos las faenas para realizar esta obra”.¹³ Se organizaban misiones que eran muy concurridas por los habitantes de todos los ranchos de la región. En la memoria popular se conserva el recuerdo de una región con muchos habitantes, arrieros, producción diversa y un gobierno nacional que daba la razón a “los que valían algo”. La revolución no dejó nada grato a los rancheros terratenientes, aunque poco les afectó en sus propiedades, ni cumplió ninguna promesa a los trabajadores-medieros.

Esta paz y prosperidad de los rancheros de la región se vuelve zozobra y amenaza. Si se mantuvo al margen de los progresos nacionales, no le tocó la misma suerte en los movimientos armados que se suscitaron en el país a partir de 1910. Fue un largo período durante el cual estuvieron llegando grupos de individuos y federales; primero se hacían llamar revolucionarios, después cristeros, ambos perseguidos por el ejército, por lo que también a éste le tocó recorrer la región. Para los rancheros era igual la llegada de unos u otros, pues todos mataban ganado, robaban, mataban gente y cometían toda clase de atropellos en nombre de la causa.¹⁴

Pasado el movimiento cristero, en el que no tuvieron distinguida participación los habitantes de esta región, llegaron los bandoleros escudados aún en dicha causa y en huida de sus perseguidores. Por estos años (cerca de 1930) quema-

ron la capilla del Santuario. Se llevaban muchachas y no faltaron rancheros que los "hicieran compadres" para proteger sus intereses.¹⁵

La década de los cuarentas empezó sacudida por los temblores y después opacada por las tormentas de ceniza con la erupción del volcán Parícutín en 1943. Esto provocó la muerte de mucho ganado, llovió poco y faltó el maíz hasta para el consumo humano. Esta situación se prolongó por dos temporadas de lluvias; mucha gente se fue a Tierra Caliente y otros se contrataron para ir a Estados Unidos de Norteamérica.

Ya para entonces la sede parroquial estaba en Santa Inés, Mpio. de Tocuambo; se había desmembrado de la parroquia de Tacátzcuaro hacia 1937. Y Tocuambo se había constituido municipio, separado de Tingüindín, desde 1930.

Pasados estos problemas del volcán, puede hablarse del resurgimiento de la región. Para estos años funcionaban varios molinos de caña (trapiches) en diversos puntos de la zona. En estos lugares se cultivaban, junto a los ríos y manantiales, pequeñas superficies de caña que abastecían a los trapiches y los mantenían produciendo piloncillo, alfeñique, panochas y melado hasta dos meses por año. La actividad data de fines del siglo pasado; se inició con molinos de madera que volteaban dos personas. Posteriormente los molinos fueron de acero y volteados por bueyes inicialmente y después por mulas; incluso se llegó a utilizar la fuerza hidráulica en esta actividad (caso de Agua Zarca, Mich.) En cada trapiche se disputaban el empleo mínimo de 11 personas durante la zafra. Parece que había pocas oportunidades de trabajo asalariado, no había casi dinero circulante —expresan los que recuerdan— funcionaba más el intercambio de días de trabajo entre este grupo.

También era significativa la producción de mango y plátano, pues al igual que los excedentes de dulce, maíz y queso, la fruta era trasladada por los arrieros a los mercados de Cotija, los Reyes, Tocuambo y Santa Inés. El cultivo de chile, jitomate y tabaco representaba una actividad tan importante como el cultivo del maíz, que fue y sigue siendo el cultivo básico y ahora único en la región. El jitomate y el chile se llevaban a los Reyes en temporada de lluvias, los viajes eran muy

penosos, sin embargo tenían que hacerlos los productores porque en esta temporada no iban los arrieros y el producto no podía conservarse. El tabaco ya tratado (asoleado y desvenado) se vendía en la región y el excedente era llevado a Tacátzcuaro.¹⁶

En esta misma década (40's) se dio gran impulso a los servicios de la Iglesia en la región. Se reconstruyó la capilla de El Santuario y se introdujo la costumbre de visitar la región cada viernes primero de mes, de octubre a julio. Los habitantes de los ranchos circunvecinos al Santuario estaban organizados para acudir cada mes por el sacerdote y acompañarlo en su recorrido, en el que duraba cuatro días cabalgando, pues aparte de llegar al Santuario, visitaba los ranchos más poblados de su jurisdicción.¹⁷

Con ocasión de estas visitas del sacerdote se reunía en El Santuario casi toda la gente de las rancherías de esta región, especialmente de las circunvecinas. Acudían maritateros¹⁸ con sus cargas de variados artículos; se instalaban fondas, juego de lotería, puestos con venta de pan y chocolate. Hasta llegó a funcionar una panadería. El hielo era muy vendido en raspados con almíbar; era también frecuente que mataran cerdos para vender carne en esos días. En varias ocasiones el evento era amenizado por un mariachi también de la región que daba, además de problemas provocados por la euforia de algunos asistentes que seguido desbordaba en conflictos, matiz de fiesta los tres días que duraba la reunión.

En enero de cada año se celebraba la fiesta religiosa en honor a la Sagrada Familia, patrona del lugar y para darle realce había misiones que duraban ocho días. Los concurrentes hacían enramadas para hospedarse toda la semana en el lugar señalado por un encargado, quien contaba con auxiliares para mantener el orden; a quien llegaba a alterarlo, se le aplicaba una sanción económica que se entregaba al sacerdote. Estos encargados del orden eran designados por el presidente municipal en turno en Tocumbo. Eran la máxima autoridad en la región y por su conducto se hacían llegar órdenes de la cabecera municipal: arreglar caminos, cumplir con los pagos prediales u otros impuestos, empadronarse, levantar información para censos, notificaciones y citatorios a

personas de la región, hacían pues las funciones de policía en la región y eran respetados.

Otro servicio fundamental era el proporcionado por los arrieros. Traían abarroterías, materiales de construcción y muebles que requerían los habitantes. Y por otra parte, sacaban de la región para vender en los mercados queso, maíz, piloncillo y fruta. Por sus servicios cobraban un flete, pero lo que sacaban de la región normalmente era comprado por ellos. Aparte de sus funciones, que podrían llamarse formales, eran los que difundían los acontecimientos relevantes y novedosos del mundo ulterior. Siempre tenían información interesante o por lo menos divertida. Sus viajes eran más frecuentes en temporada seca, de los últimos meses del año a mayo del siguiente.

También acudían a la región los compradores de ganado recogiendo los animales bovinos de desecho y novillos, así como las engordas de puercos. Por otra parte llegaban los indígenas de la Meseta Tarasca solicitando novillos para amansarlos, haciendo sus labores agrícolas de la temporada. Estos animales eran llevados a la meseta y enseñados a “jalar el arado”. Terminando el período, devolvían los animales castrados y mansos (bueyes). Esto era un intercambio de servicios.

Los campesinos de Tierra Caliente de Michoacán también recorrían esta región solicitando primero bueyes, después bestias que les pudieran rentar. Muchos rancheros ya tenían comprometidos sus animales con algún campesino que sabía le daría buen trato al animal y pagaría la renta (en maíz) oportunamente.

Apoyando estas relaciones regionales y favoreciendo la autosuficiencia regional, no faltaron las familias dedicadas a hacer algunas artesanías.¹⁹ Con la palma de la región hacían petates y capotes; del mismo árbol extraían el “angeo” para hacer “suaderos”. Del otate hacían canastas, chiquihuites y cestos de varios tamaños. Con la madera fabricaban puertas de golpe (palo dulce), artesas (parota), mesas y tablas (del escaso pino que podía encontrarse en la región).

Los petates eran indispensables en las casas a falta de camas o sobre éstas; también eran muy buscados los “suaderos” y el capote, que era el único impermeable en la región,

por lo que toda la gente lo necesitaba durante las lluvias.

La década de los cincuentas se inicia con mayor dinamismo y prosperidad que las anteriores: los trapiches siguen produciendo dulce, las huertas de fruta (mango y plátano principalmente) son atendidas con esmero por los que las tenían a medias con el dueño; los maritateros llevaban cada vez más variedad de artículos y concurrían con mayor frecuencia; varios arrieros, al ser desplazados con la apertura de brechas en sus rutas acostumbradas (tierra caliente, vía Buena Vista-Tepalcatepec, Colima, y otras de menor importancia), se lanzan de tiempo completo a la región.²⁰

Entra en acción una nueva generación de rancheros con empuje renovado, en condiciones de paz y deseos de prosperar. Los ranchos de ordeña siguen saturando cada fin de año los mercados de Santa Inés, Los Reyes y Cotija, con su solicitada y barata producción de queso. Ya entonces algunos ganaderos empiezan a introducir sementales cebú, lo que es una novedad que, por sus cualidades de resistencia y tamaño, aunque con la merma en la leche y la dificultad de manejo, llega a predominar en toda la región.

Un hecho que favoreció esta producción y que merece especial atención es que en la región no sacrificaron el ganado por los rumores de la fiebre aftosa (alrededor de 1948). Cuentan los ganaderos que gracias a la milagrosa intervención del párroco de Apo, Mich., los matadores de ganado fueron devueltos de Petacala, Jalisco, límite oriente de la región. Al enterarse los rancheros que por orden del gobierno venían matando todo el ganado, acudieron con el sacerdote, pues pese a que no era un problema en su jurisdicción, la gente de esta región ya tenían gran confianza en los prodigios del cura. Su intervención fue inmediata, como cuando se le pedía interceder ante la Virgen para que hubiese buen temporal, con resultados igualmente efectivos.

A cada ganadero le pidió, a cambio de su intercesión, un novillo para continuar las obras iniciadas en su parroquia. Estos, concedores de su poder, no dudaron en prometerlo. Acto seguido y venciendo todos los obstáculos (tenía que cruzar el río Itzicuaru nadando) se trasladó a Petacala, lugar en donde ya estaban los federales para cumplir a la mañana siguiente su encomienda. Reunió a todas las personas del ran-

cho para rezar un rosario de quince misterios y distribuyó entre los presentes, incluyendo a los federales, un rosario de Santa Marta de obsequio.

A primera hora del día siguiente da comienzo la celebración de la misa; antes de terminarse llega un jinete, habla con el grupo de matadores, y sin decir palabra se alejan y no vuelve a saberse nada de ellos. Ahí paró la muerte de ganado. Días después recorrieron la región vaqueros enviados por el sacerdote recogiendo a cada ganadero el novillo prometido.²¹ Este hecho consolidó la fe que los habitantes de la región tenían al sacerdote, y las concurridas peregrinaciones a Apc a pagar mandas y participar en los ejercicios espirituales que allá se celebraban, se convirtieron en una arraigada costumbre hasta años después del cambio del sacerdote. Lo que quedó hasta la fecha en algunas familias es la costumbre de rezar todos los días el rosario de quince misterios.

La celebración de los viernes primeros en el Santuario seguía tomando cada año más importancia, seguía al frente el párroco de Santa Inés que había sido el iniciador. Por iniciativa del mismo sacerdote empezaron a funcionar escuelas en varias rancherías de la región. Maestras voluntarias de Santa Inés, motivadas por el párroco, alojadas y retribuidas por los padres de familia, se dieron a la tarea de enseñar a leer y escribir a la población escolar, sin faltar las clases de catecismo y de historia sagrada. En el Santuario asistían a clase 25 hombres en la mañana y 12 mujeres en la tarde. Eso sucedía en 1952. Posteriormente muchachas de la misma región, preparadas en el colegio de Santa Inés, suplieron a las iniciadoras.²²

En un ambiente de intenso trabajo, producción agropecuaria, fiestas, arriería y catolicismo termina esta década y da principio la de los años sesentas. Por estos años la región gozaba de una autosuficiencia sin precedente. Los materiales de construcción: madera, paja, tierra, piedra, etc., era lo que sobraba en la región y su costo único era el trabajo de acarrearlos y acomodarlos; la producción de fruta, queso, maíz, dulce, chile, jitomate y otros productos agrícolas temporaleros, así como miel de abeja, vaquetas curtidas, tabaco; al desbordar los requerimientos internos, era transportada

por arrieros y productores a las regiones limítrofes para su venta.

Los novillos, ganado defectuoso y de desecho, al igual que las numerosas engordas de cerdos, desfilaban también cada temporada hacia estos mercados urbanos. Se daba un importante intercambio de servicios al interior de la región en forma gratuita o a un mínimo costo entre personas con habilidades o disposición para cada caso: corte de pelo, atención de partos y trabajo doméstico entre familiares durante las cuarentenas; amanse de bestias brutas, confección de vestidos, préstamos a rédito y mediante empeños, intercambio de días de trabajo, clase con maestras a domicilio, encargados de guardar el orden. Del exterior llegaban también los servicios de arriería, los maritateros, huacaleros, amansadores y compradores de ganado. Otro servicio, el más bien recibido, era el que daba la Iglesia, pues igual que los anteriormente mencionados, ahorra los penosos viajes de los rancheros a los pueblos. También llegó el servicio gubernamental: la campaña de erradicación del paludismo, pero la gente lo consideraba, más que un servicio, un sacrificio, nadie quería “a los rociadores”, pero ellos no pedían permiso.

También llegaban de fuera los radios, telas, jarciería, abarrotería: jabón, harina, azúcar, alcohol, etc., herramientas de trabajo: hachas, guadañas, barretillas (coas), martillos, etc. Era más lo que salía de la región que lo que a ella llegaba en productos; sin embargo, debido al desfavorable intercambio dada la naturaleza de los mismos, distancias y condiciones, la región seguía dando todo a cambio de muy poco, no parecía quedarle otro camino; por otra parte la gente seguía trabajando y fomentando las relaciones comunitarias.

La población regional, pese a las frecuentes bajas sufridas por homicidios, fruto de pleitos de “valentones” ligados, en la mayoría de los casos, a cuestiones de “hombría”, o víctimas de malvivientes que no faltaban en la región, así como a la consecuente emigración de las familias ligadas al hecho, llegó a ser numerosa. Ya empezaban a escasear los montes y con ellos las posibilidades de trabajo permanente para los medieros. Frecuentemente tenían que mudarse de una locali-

dad a otra para seguir, con otro patrón que aún pudiera y quisiera pasarles tierras, su acostumbrada actividad.

El continuo contacto con arrieros, compradores de ganado, sacerdotes y demás personas y parientes relacionadas con los habitantes de esta región residentes fuera de ella, permitían la posibilidad de ir viendo nuevos horizontes a la población. Es hasta esta década (60's) cuando se empiezan a oír comentarios más serios sobre el reparto de tierras. De hecho, en las zonas limítrofes de la región y tocando a ésta se formaron ejidos que jalaban a medieros de esta región en busca de esas tierras. Después de varios años de lucha les fueron repartidas y ya se quedaron allá definitivamente o "vendieron su parcela" para irse a buscar nuevos ejidos, pero ya no volvieron. Muchos de los compradores de dichos derechos también eran de la región y aprovechando la oferta o huyendo de sus conflictos locales, se establecían en estos ejidos y ya no regresaban. Por último, las familias afectadas por el reparto agrario también salían de la región.²³

Por otro lado estaba siempre la tentación de los jóvenes de "ir al Norte", pues había conocidos y parientes que frecuentemente iban y los animaban, incluso algunos de los primeros que fueron como braceros tenían "papeles arreglados". Muchos se aventuraron y pocos volvieron a su lugar de origen.

Así es como en los años sesentas cayeron las barreras de la soledad; la fuerte y nueva tendencia migratoria se transformó de salida temporal en éxodo definitivo hacia las ciudades o, por lo menos, hacia regiones más comunicadas.

Aquí se termina este artículo, sin más conclusión, ya que el tema de nuestra tesis de maestría es precisamente el estudio de los cinco lustros que corren de 1960 a 1985, o sea la historia de la desintegración de un modelo de sociedad rural que se desarrolló a lo largo de un siglo (1860-1960), encontró su apogeo hacia 1950-1960 y que, más adelante, por razones internas y externas, entró en crisis.

NOTAS

1. "Alrededor de 7 millones de personas que habitan en comunidades dispersas, no tienen vías de comunicación terrestre permanente" (poder ejecutivo 1983, p. 274).
2. Los datos de localización de la región de estudio han sido tomados de los mapas topográficos E13B27, E13B28, E13B38 y E13B37; CETENAL 1977. Verificándose y precisándose con recorridos de campo marzo-junio de 1983 y abril de 1985.
3. Todos los datos sobre clima son aproximados considerando los registrados en sus dos límites: al norte eje neovolcánico y Tierra Caliente, al Sur (Vid. SARH. Junio 1982, pp. 7, 8 y 9. Cfr. González, Luis. 1968)
4. Cfr. Instituto Real de Antropología de la Gran Bretaña e Irlanda, 1971, p. 120.
5. Barragán, E., *op. cit.*, p. 120.
6. Es muy baja la densidad de población si tomamos en cuenta que la más baja registrada en Michoacán (1970) es de 10 hab./Km.² Se localiza al Suroeste de Michoacán y se atribuía a que es una área montañosa, con pocas comunicaciones y pocas fuentes de trabajo (SARH., *op. cit.*, p. 23). Entrevistas: 6 de junio de 1983; El Santuario, y 17 de abril de 1985, El Salitrillo, Mich., respectivamente.
7. La vereda es un camino angosto para el tránsito de peatones y ganado (Dicc. Porrúa, 1975, p. 796). El camino de herradura (o camino real) es más ancho y por él se transita a caballo y con bestias cargadas.
8. Barragán, E. *op. cit.*, p. 118.
9. Fernández, J. 1975, pp. 5-10.
10. González, *op. cit.*, pp. 27-32.
11. Fernández, J. *op. cit.*, p. 6.
12. González, L. *op. cit.*, p. 75.
13. Información proporcionada por la Sra. Feliciano Fernández, originaria de esa región, quien dijo haber participado en estas tareas cuando tenía 8 años (1895-1985). Entrevista, abril 10 de 1983; Santa Inés, Mich.
14. González L., *op. cit.*
15. Un caso fue el del Sr. Emilio Barragán del Santuario que hizo compadre a un temido cristero por esos años en que quemaron la capilla del lugar. Información proporcionada por la Sra. Margarita Barragán (hija de Emilio) (1915-1985 y confrontada con la del Sr. Paolo Cuasor (1890). Entrevistas: 6 de junio de 1983; El Santuario, y 17 de abril de 1985, El Salitrillo, Mich., respectivamente.
16. La información sobre la organización socioeconómica regional fue recogida de la memoria de los habitantes más grandes que en ella permanecen y confrontada recíprocamente. Recorrido de campo abril-junio 1983.

17. Entrevistas a los Sacerdotes: Pedro Zepeda G. (junio 10 de 1983, Vista Hermosa, Mich.) párroco que instituyó la costumbre de los viernes primeros en El Santuario (1943); Herminio Hernández M. (mayo 16 de 1983, Tlitolán, Mich.), último párroco que sostuvo ésta.
18. Con este nombre se conocía en la región a los vendedores ambulantes que en dos o tres bestias recorrían las localidades vendiendo mercancías y comprando gallinas y huevos.
19. El caso más significativo fue el del Sr. Eleazar Gutiérrez, artesano, originario de los Desmontes, Mich., quien narra personalmente su oficio (entrevista, junio 22 de 1983; Los Reyes, Mich.) Cfr. Barragán, E. *op. cit.*, p. 98).
20. Información dada por el Sr. José Ma. Maldonado; último arriero que trabajó en esta región (hasta 1973). Diciembre 8 de 1984; Los Reyes, Mich.
21. Narración del Sr. Leobardo Barragán F. Octubre 5 de 1984, La Mesa, Mich.
22. Datos proporcionados por Eulalia y Eudoxia Barragán, quienes participaron en esta tarea en varias localidades de la región. Abril 16 de 1983. Los Desmontes, Mich., y abril 20 de 1983, El Santuario, Mich.
23. Fue el caso de Petacala, Los Panales, Zipoco y otros latifundios que fueron repartidos por 1970. Actualmente viven allá varias personas dentro de la región de estudio.

BIBLIOGRAFIA

- BARRAGAN LOPEZ, Esteban, 1984. *Importancia de las comunicaciones en un Sistema de Comercialización del Medio Rural. Región Suroeste del Mpio. de Tocumbo, Mich.* Tesis de Licenciatura, México, fotocopiado, p. 130-XV.
- CETENAL, 1977. *Cartas Topográficas.* México, S.P.P. E13B27, E13B28, E13B37 y E13B38.
- FERNANDEZ, JOSE, 1965. *Un pueblo levítico, Sta. Inés, Mich.,* México, s/i p. 35.
- GONZALEZ GONZALEZ, LUIS, 1968. *Pueblo en vilo,* Tercera Edición. México, El Colegio de México, p. 417.
- INSTITUTO REAL DE ANTROPOLOGIA DE LA GRAN BRETAÑA E IRLANDA, 1971. *Manual de campo del antropólogo,* México, Ed. Comunidad, Inst. de Ciencias Sociales.
- PODER EJECUTIVO. 1983. *Plan Nacional de Desarrollo 1983-1988.* México, Presidencia de la República.
- SECRETARIA DE AGRICULTURA Y RECURSOS HIDRAULICOS, 1982, "Michoacán, Información Básica", México, Fotocopiado, p. 56.

WEITZ. R. (Comp.), 1969, *Planeación rural en los países en desarrollo. Memorias de la segunda conferencia de Rehovoth, Israel*. México, Fondo de Cultura Económica.